

El PRI: Novena muerte o renacimiento

POR AGUSTÍN BASAVE BENÍTEZ

Frente a la XVIII Asamblea del Partido Revolucionario Institucional y a una obligada definición de sus reglas partidistas para nombrar candidato presidencial, Agustín Basave urge a que ahí se realicen los cambios equivalentes que han llevado a la formación de nuestra sociedad finisecular. Una parte del PRI, dice, no puede regatear el cambio porque eso sería ignorar el signo de los tiempos.

Empiezo por la obviedad: el presidencialismo y el PRI fueron hechos el uno para el otro. El sistema presidencialista se diseñó para funcionar, más que con un partido, con un “entero” en el que cabían prácticamente todos los mexicanos y dentro del cual se daba lo que en una democracia moderna se da entre varias fuerzas políticas: el acuerdo en lo fundamental, la alternancia, incluso la accountability. Por su parte, el PNR-PRM-PRI fue diseñado para dirimir pacíficamente las disputas por el poder y así operar la sucesión presidencial y preservar el presidencialismo. Hasta ahí llega la obviedad, pero el lugar común va más allá; sitúa al presidencialismo y al PRI al mismo nivel jerárquico y sostiene que son los dos pilares que le dan o le dieron (la certeza en los tiempos verbales es la primera damnificada de una transición democrática) sustento al sistema político mexicano.

El problema de los lugares comunes es que son como los estudiantes aventajados: suelen quedar exentos de exámenes finales, aunque de presentarlos no todos los pasarían. Este es un claro ejemplo. Porque si algo se ha evidenciado es que el partido ha estado siempre subordinado a la institución presidencial y en ningún momento ha sido una estructura paralela a ella. Se trata, si se ha de insistir en el símil arquitectónico, de dos columnas concéntricas o de una columna con un apuntalamiento

partidista, en donde la Presidencia ha sido invariablemente el centro de las decisiones y el PRI ha servido de correa de transmisión. Tal es el resultado de la prueba última de la realidad. Creado para conservar el poder que le dio origen, el partido desarrolló su estructura y sus reglas escritas y no escritas con el fin de instrumentar las disposiciones del Presidente de la República en el plano sindical y en el ámbito electoral, y con el propósito de facilitar mediante la disciplina partidaria la preeminencia del Ejecutivo Federal por sobre los otros dos Poderes de la Unión y los otros dos niveles de gobierno, garantizando particularmente la lealtad de legisladores y gobernadores.

El PRI, pues, no fue concebido para existir por sí mismo. Es decir, no se le ideó para actuar con autonomía del gobierno, en un contexto de pluralidad partidista con competencia electoral ni mucho menos frente a Congresos o gobernantes de otros partidos. Cada pliegue de su ser respondió durante seis décadas al presidencialismo discrecional y sus secuelas. Por eso, porque nació y creció intrínsecamente ligado a la autoridad gubernamental, reclutó una parte de su membresía y de su electorado cautivo con base en una mayor vinculación a las dádivas del poder que a una ideología o a un proyecto de nación.

Pero paulatinamente ese poder ha dejado de ser su patrimonio para convertirse en su objetivo. Esa es la realidad a la que el partido debe adaptarse hoy. En su momento, ciertamente, ha esgrimido su capacidad de autorregeneración: el PNR superó la atomización del caudillismo aglutinándolo en una entidad nacional que aseguraba estabilidad política, el PRM dejó atrás la confederación de partidos regionales apoyándose en organizaciones de masas que impulsaban la reivindicación social, y el primer PRI inculcó el pretorianismo sentando las bases de una autoridad civil que inducía desarrollo económico. El problema es que el reto actual es mucho más complejo que los anteriores, porque involucra ni más ni menos que la transformación de su razón de ser, de su naturaleza misma. El cambio gradual,

evidentemente, no ha sido en vano: sin la lucha de la 14 Asamblea Nacional contra el corporativismo y por la democracia interna y sin la batalla de la 17 a favor de la independencia del partido frente al gobierno no estaría ahora el PRI en el umbral de su cambio radical. Mas para trascender ese umbral ya no bastan reformas; se requiere refundación o, mejor dicho, renacimiento.

Independencia del gobierno

El primer paso rumbo a la meta renacentista es el corte del cordón umbilical. Se trata, simplemente, de conquistar para el partido lo que la sociedad mexicana ha conquistado para sí misma. Me explico. En la medida que se derrumban los muros de un sistema político monopartidista y se levanta la alambrada que acota al presidencialismo “exógeno” (hacia fuera del PRI) queda al descubierto el presidencialismo “endógeno” (hacia dentro del PRI), el que mantiene la sujeción del partido a la voluntad del Presidente de la República. Los miembros de la sociedad ya elegimos al Presidente de nuestro país de entre varias opciones reales de poder y cada vez tenemos más medios para contravenir sus decisiones si no estamos de acuerdo con ellas. Los miembros del PRI, en cambio, todavía no podemos elegir por nosotros mismos al presidente de nuestro partido ni cambiar la línea del “primer priista”, aunque la inmensa mayoría de nosotros la juzgue contraria a nuestros principios o a nuestros legítimos intereses. En otras palabras, se abandona el autoritarismo afuera pero se conserva adentro.

Semejante incongruencia —no sobra apuntarlo— se da envuelta en la investidura dual propia de los regímenes presidenciales como el que nuestra Constitución depara a México. Porque el presidente Zedillo se ha cambiado de cachucha una y otra vez, proclamando alternativamente su carácter de jefe de Estado que se sitúa por encima de los partidos y de jefe de gobierno que asume el control del suyo. Y esa fluctuación, en una época de transición que pide a gritos un guía que consistentemente

coordine y dé coherencia y certidumbre a los esfuerzos de los diversos actores del proceso, ha enrarecido la atmósfera política y, a juicio mío, ha dado razones para considerar la conveniencia de separar ambas funciones en dos instituciones del Poder Ejecutivo (sin que ello necesariamente implique adoptar la ortodoxia parlamentaria).

Digresiones aparte, el hecho es que Ernesto Zedillo no ha encontrado el justo medio de su rol partidario. Sucesivamente “priista pasivo” y virtual dueño del PRI, primero estableció la “sana distancia” sin impulsar antes los ajustes que garantizaran que el vacío fuera llenado por consejos políticos representativos de todos los grupos y no por cacicazgos sectoriales o regionales, luego reasumió el control designando a la vieja usanza dirigentes y candidatos y ahora parece estar buscando la fórmula que le permita amputarse el dedo para ponerse una prótesis invisible. De esa manera se ha acercado al peor de los mundos posibles: ni ha permitido que el partido tenga vida propia ni se ha ganado su liderazgo. Y es que de eso se trata, de que renuncie a la tradición que le otorga el título de propietario sexenal del PRI para convertirse en su verdadero líder, sujeto a los límites que le dicten sus correligionarios como sucede en cualquier país democrático. Los primeros ministros europeos, verbigracia, ejercen sobre sus partidos una influencia directamente proporcional a su fortaleza política, y cuando quieren impulsar a alguien a un puesto de dirigencia o a una candidatura casi siempre lo logran. Pero hay reglas claras que obligan a los aspirantes a someterse invariablemente al voto de la militancia, por lo que si se intenta imponer a una persona inelegible o inaceptable ésta suele perder la nominación. Para eso sirve, entre otras cosas, la democracia; para que Calígula no pueda hacer cónsul a su caballo (o, mejor aún, para que Calígula no llegue a ser Calígula).

El viejo presidencialismo discrecional, que está cediendo su lugar ante la sociedad políticamente organizada a un presidencialismo constitucional, debe cederlo en el PRI a un presidencialismo estatutario. Las cosas han

cambiado. El partido, como la sociedad, ha crecido en complejidad y ha decrecido en docilidad. El Presidente ha de ver el liderazgo del priismo como el producto de su trabajo político y no como herencia patrimonialista. Para ello, huelga precisarlo, no debe confundir disciplina con sumisión; debe ver a los priistas como sus aliados naturales pero ya no incondicionales, a los que tiene que escuchar y convencer y con los que tendrá que negociar cuando busque su apoyo a decisiones que supongan virajes paradigmáticos.

Candados

El gozne entre independencia y democracia en el PRI son los famosos candados que introdujo la 17 Asamblea, cuyo antecedente se dio en la 14. Su historia es ilustrativa. Hasta hace algunos sexenios los presidentes salientes habían escogido para sucederlos a priistas que reunían los requisitos que ahora exigen esos candados, es decir, haber tenido al menos un cargo de dirección en el partido y un puesto de elección popular. Pero de un tiempo para acá el camino para llegar a la Presidencia dejó de pasar por el PRI para constreñirse a la burocracia y más tarde a un ámbito específico de ella que se conoce como tecnocracia. A este último reducto se llegó entre otras cosas por el cambio del entorno mundial provocado por la quiebra del socialismo real y la entronización de una globalización económica que se apartaba de los paradigmas que el priismo había defendido y. en consecuencia, los presidentes de esa nueva era añadieron a su falta de militancia priista una visión distinta —neoliberal, se ha dado en llamar— de la economía.

Sin embargo, ninguno de ellos tuvo que ganar antes el partido. Llegaron al poder sin necesidad de convencer a los priistas de la pertinencia de implantar su proyecto de privatización y apertura comercial. Nadie se dio a la tarea de persuadirlos de la importancia de adaptarse a la nueva realidad económica como, por ejemplo, sí lo hicieron con sus militantes los líderes de la socialdemocracia europea. Felipe González dice que en

ese sentido él acabó convenciendo a su partido a través de la sociedad y no viceversa, pero es evidente que si no se hubiera tomado antes la molestia de “cabildear” entre la militancia para obtener el aval del PSOE no habría podido gobernar. En México, por el contrario, no hubo labor de persuasión.

¿Para qué, si el PRI estaba para obedecer al Presidente?

Pero algo falló. Quienes supusieron que sólo había que dar la orden de la sucesión como antaño, aunque en ese caso implicara un cambio sustancial en las posturas priistas en materia socioeconómica, no tomaron en cuenta que el apoyo incondicional del partido tenía su compensación en un cierto respeto a la carrera de partido. Y por eso al darse a la tarea de formar la nueva clase gobernante no tuvieron el cuidado de darle su lugar al partido: en vez de actualizarlo y hacerlo su propia escuela de capacitación política lo relegaron y lo convirtieron en simple fuente de registro para sus candidatos. El único intento de ese tipo de aggiornamento incluyente del PRI que tuvo lugar en esa época fue el que se truncó con la muerte de Luis Donaldo Colosio.

He aquí el problema. Los tecnócratas sucumbieron a la tentación de la soberbia y en vez de tratar de erigirse en políticos-renovadores adoptaron una actitud excluyente. A una parte de la vieja guardia la atacaron sin más, ignorando que no hay transición sin amnistía, y a sus coetáneos que habían optado por la vía de la política partidista los fueron haciendo a un lado. De esa manera se fueron ganando a pulso el repudio del priismo, que para colmo estaba confundido por la mutación de su discurso tradicional y por su papel en un proceso de democratización nacional que muy pocos tenían la gentileza de explicarle, y se sentía agraviado por lo que percibía como una débil defensa de sus intereses y la entrega deliberada del poder. Así, cuando la 17 Asamblea Nacional impuso los candados, sólo a una tecnocracia ignorante de la historia y la realidad actual del PRI se le pudo ocurrir que

un puñado de grillos había fraguado una traición al presidente Zedillo. Ese “puñado de grillos” éramos miles de delegados que nos hicimos eco de muchísimos priistas más de todo el país que demandaban vehementemente el rescate de la dignidad del partido. No, no fue un triunfo del dinosaurismo. como lo quisieron leer algunos analistas: fue la primera vez en la historia de sus asambleas que el PRI le dijo no al señor Presidente.

Nadie preconiza estos candados para cualquier partido en cualquier tiempo, pero en el PRI actual tienen una razón de ser y de permanecer. ¿Por qué? Por dos motivos, uno simbólico y otro pragmático. El primero es que el que está interesado en romperlos es el gobierno y quienes apoyamos su creación somos la inmensa mayoría de los priistas.

por lo que su ruptura presupondría precisamente lo que hay que erradicar: la imposición de la voluntad presidencial por encima de la de la militancia. El segundo es que los candados obligan a la burocracia a volver los ojos hacia el partido como instancia escalafonaria y ya no como último peldaño en la escalera del poder, lo cual implica la reivindicación de su papel político preeminente. ¿Que los candados son antidemocráticos? En abstracto lo mismo puede decirse del principio de la no reelección y de muchas normas que. en el contexto histórico de México o de cualquier otra nación, se han adoptado para evitar en la praxis que la voluntad mayoritaria sea burlada. No, no se trata de excluir a nadie sino de estimular la formación política de quienes no la tengan y de revitalizar al PRI para que pueda contribuir al enriquecimiento de una democracia que a pesar de los pesares no puede vivir sin los partidos. ¿Que los candados van a contrapelo de la tendencia ciudadanizante? Quizá, pero en todo caso nada impide que lo que se cierra en el más alto nivel para rescatar la dignidad del PRI se abra en otros. Y por qué no, es probable que en una apertura de esa naturaleza se distribuyan las llaves entre la clase ecléctica de políticos renovadores que México requiere: con preparación académica de excelencia y con visión del mundo del futuro,

pero conocedores de nuestro pasado y sensibles a la realidad política y social de nuestro presente.

Pues bien, ahora resulta que ya se dio línea para quitar esos candados. La suerte está echada: se apuesta a que al interior del partido va a seguir pesando más la tradición del presidencialismo que todas las demás, incluidas las de la preeminencia de la política y la del compromiso social. Para justificar la decisión presidencial algunos priistas recurren, por una de esas ironías del destino, al argumento de sus propios detractores: el signo de los tiempos no es cerrarse sino abrirse a la sociedad. Pero aun esos priistas aceptan en privado sospechar que el verdadero motivo de la consigna cerrajera es allanarle el camino a alguno de los miembros del Gabinete que están estatutariamente impedidos para ser candidatos presidenciales. Y esa sospecha va a elevar el costo político de la “descandadización” del PRI. Porque, además, a esos tecnócratas presidenciables se les avisó a tiempo: la modificación de los estatutos se realizó antes de las pasadas elecciones federales. Si realmente respetaran al partido habrían acatado su mandato y, consecuentemente, habrían pugnado por obtener una diputación o una senaduría. Vamos, ni siquiera tenían que hacer campaña.

Democracia interna

El caramelo con el que se endulzó el anuncio de la eliminación de los candados fue la promesa de eliminar también el dedazo presidencial. “Ni tapados ni candados” fue el quid pro quo que con sabiduría política ofreció Mariano Palacios Alcocer, consciente de que con democracia ningún candado es indispensable. Ya no sería necesario recordarle al Presidente que si el priismo no podía impedirle que dedeara sí podía restringirle el universo de dedeables en una suerte de dedazo acotado. Pero, a pesar de todo, la desconfianza continúa. La ausencia de un proyecto partidista definido y los concomitantes bandazos del

presidente Zedillo, que van del repliegue total al avasallamiento del partido, hacen dudar a muchos de la confiabilidad de lo prometido.

Y es que esa promesa, para ser creíble, precisa de hechos tan concretos y tangibles como los candados. En este caso, el precio de la credibilidad es el establecimiento de reglas democráticas claras, acordadas por todos y con las que todos sepamos a qué atenernos. Más específicamente, es que la reglamentación de la selección de dirigentes y candidatos pase de las convocatorias a los documentos básicos, a fin de acabar con el margen de discrecionalidad de las cúpulas. Todos los procedimientos, los requisitos y los tiempos que implica una elección interna deben estar detallados en los estatutos, de tal manera que las convocatorias sean casi machotes en los que no se tenga que determinar mucho más que el lugar y la fecha. La sobadísima expresión priista “hay que esperar a ver cómo viene la convocatoria”, hija de las convocatorias con dedicatoria, debe pasar al museo de los anacronismos. En la medida que se mantenga la vaguedad, la laxitud y la amplitud estatutarias en esta materia se abre paso a la imposición cupular. Y algo similar puede decirse del actual menú de métodos. Me parece que deberíamos aspirar a que, con excepción de la de usos y costumbres, no haya cinco sino una sola vía electoral, y aunque en este punto existen muy buenos argumentos a favor de otras yo me inclino por una simbiosis de consulta a la base y consejos políticos. Se elegiría por consulta a la base y por un periodo determinado a los miembros de los consejos políticos nacional, estatales y municipales, y esos mismos consejos elegirían a todos los candidatos y dirigentes según el nivel correspondiente y por voto individual, libre y secreto. De este modo se generaría un gran interés de los militantes en contender por un asiento en los consejos y se daría periódicamente un intenso ejercicio de participación y debate que impulsaría la cultura política democrática. La idea sería hacer de los consejos políticos, además de órganos electorales, una suerte de parlamentos partidistas auténticamente representativos, deliberativos y decisorios en los que se formulen propuestas para los comités ejecutivos. Los consejos serían, así,

válvula de seguridad para impedir candidaturas o dirigencias inelegibles o indeseables y válvula de escape para que la discusión de la agenda del partido se dé en su seno antes que en los medios.

La actual dirigencia nacional del PRI, sin embargo, está ensayando otro método. Le llama consulta a la base pero seguramente se refiere a la base social y no a la militante, puesto que votan todos aquellos que presenten credencial de elector; en realidad es una "primaria" parecida a la de los partidos de Estados Unidos y que aquí tiene una justificación válida: no hay padrón priista. El primer experimento, para variar, corrió a cargo de Chihuahua, que sigue teniendo el priismo de vanguardia en el país. El hecho constituye un signo positivo: cualquier vía democrática es mejor que el dedazo. Más aún, elegir democráticamente candidatos a gobernadores del PRI sienta precedentes, contrarresta inercias y genera expectativas. Y todo eso ayuda a desbrozar el camino del renacimiento.

Con todo, el ensayo suscita una suspicacia y un riesgo. La suspicacia es que este camino, que naturalmente busca desembocar en el 2000, haya sido escogido con el fin de beneficiar a algún precandidato tecnócrata incapaz de ganar los votos de los priistas. No obstante, si bien la elección chihuahuense pudo haber alentado esa conjetura supuesto que allá perdió el contendiente más priista y ganó el del perfil más cercano a la sociedad civil, en las de Tamaulipas, Sinaloa y Puebla el resultado fue a la inversa: obtuvieron el triunfo los que tenían más credenciales de militancia. De modo que si efectivamente se intentaba quitar los candados antitecnocracia para poner unos candados antiortodoxia tal vez deban buscar otro método. Eso es lo que hace que haya más de un suspicaz. Y luego está el riesgo. Perpetuar ese tipo de elección arriesga la condición misma de un partido político: el PRI podría convertirse en una maquiladora electoral que importe candidatos, les acople el registro y los exporte. Si afuera existe gente mejor hay que cambiar las cosas adentro para que de verdad quiera entrar. No se puede (re)construir un partido usándolo como un mero proveedor de registros electorales.

Polarización de fuerzas

El dilema no es nuevo. En todas las organizaciones políticas coexisten grupos tradicionales, con arraigo y militancia, y grupos “tangenciales” o de reciente ingreso. Lo malo es que en el PRI los más nuevos dominan el gobierno y el partido y han marginado a los demás. En ese sentido es paradójico que cuando tenía un considerable capital político y prácticamente no había oposición, el PRI cuidara mucho más a sus cuadros de lo que lo hace hoy que sufre una grave descapitalización política (misma que es resultado del desgaste del poder y también del apoyo a un modelo económico ineludible pero impopular) y enfrenta una intensa competencia electoral. Y no sólo eso. No deja de ser sorprendente que de los tres más valiosos activos del viejo partido cuasiúnico —la ideología de centro, la inteligencia política y el compromiso social— las dos últimas sean cada vez más escasas y la primera se esté volviendo una reliquia escondida en los poquísimos ejemplares de los documentos básicos que algunos resguardamos de la furia tecnocrática que desató la 17 Asamblea Nacional. Nada de ello, evidentemente, contribuye a evitar el desencanto y la desbandada.

En ese contexto crítico se están consolidando dos posiciones extremas en el espectro priista: los tecnócratas, sin una propuesta clara para el partido, apuestan a que el peso del presidente Zedillo incline la balanza a su favor; los ortodoxos, con un proyecto restaurador, se agrupan en torno al liderazgo que inteligentemente construye el gobernador Bartlett. Los primeros esgrimen modernidad y realismo económico; los segundos, reivindicación del priismo agraviado y justicia social. Tecnocracia y ortodoxia polarizan, así, la antesala de la sucesión, y se perfilan en una ruta de colisión que amenaza con fracturar al PRI. Y lo peor es que los extremos se tocan en su renuencia a impulsar el renacimiento del partido: mientras unos quieren más de lo mismo de ahora, los otros quieren más de lo mismo de antes. Unos fueron renovadores de la economía pero nunca lo han sido de la política,

porque prefieren la eficiencia del autoritarismo a la fastidiosa negociación de la democracia para implantar y conservar su modelo; otros proclaman cambios a la actual política económica pero en general creen en la viabilidad y deseabilidad del retomo a los orígenes. Unos son aceptables para el Presidente pero inaceptables para el priismo y los otros son aceptables para el priismo pero inaceptables para el Presidente. ¿Escila y Caribdis?

Entre esos dos polos hay un priismo intermedio abandonado. En la gestación de un liderazgo "puente", uno que emane de ese espacio y por ende sea aceptable para ambas partes, es donde puede encontrarse la redención del PRI. Y es que además de punto de unión éste es el terreno fértil para que germine la semilla renacentista. Porque más importante que prevenir una escisión interna es impedir la deserción del electorado.

Y para conjurar este peligro es imperativo mostrar la imagen de un partido nuevo que, sin embargo, ocupa el mismo centro mayoritario que el PRI ha ocupado históricamente y que su desgaste le quita cada día más, éste que no en balde todos los partidos en México se disputan.

He aquí el meollo del asunto: para ganar el centro del espectro partidario el PRI tiene que ganar antes su propio centro. Si se privilegia la sensibilidad política y la conciencia social sobre el economicismo, y la comprensión de la globalidad finisecular y la voluntad de renacimiento del partido sobre el "nostalgismo", se puede lograr. Si, en cambio, persiste la ausencia de un liderazgo "centrista" echado para adelante, muchos priistas intermedios se unirán a la ortodoxia y muchos votantes cautivos irán por la oposición. Persuasión es el juego. O convence el imperativo renacentista y con el espíritu libertario de la 14 y la 17 asambleas el priismo vuelve a tomar por asalto al PRI en la 18 erigiéndola en una Asamblea fundacional, constituyente de un nuevo partido independiente del gobierno y democrático, en cuyo caso ese partido tiene garantizado su lugar en la escena política del próximo siglo y

nuestra transición acabará siendo de terciopelo, o el choque de la tecnocracia y la ortodoxia y la victoria pírrica de cualquiera de ellas impide que el PRI renazca, hace que pierda la Presidencia en el 2000 y se desintegre, con lo cual se generarán turbulencias de toda índole que harán mucho más accidentado el tránsito a la normalidad democrática.

El PRI no está equipado para afrontar la realidad política que se le viene encima. Manteniéndose como es o volviendo a ser lo que fue no podrá encarar con éxito el desafío de la inminente y reñida lucha por conquistar la preferencia de la nueva sociedad mexicana. No obstante, su renacimiento es factible. La viabilidad que la mayoría de los observadores le reconocen a la transformación gradual de los demás elementos de nuestro antiguo régimen y el anuncio del éxito de la transición (anuncio que, dicho sea de paso, preludia el triunfo del gradualismo, el postrer espaldarazo que la historia nos dará a quienes le apostamos a la concertación y su cambio gradual contra el maximalismo y su ley del todo o nada) ha de extenderse al partido, que también ha evolucionado paso a paso hasta llegar al parteaguas de hoy. El salto cualitativo que el PRI debe realizar ahora puede darse por obra y gracia del inédito maridaje entre idealismo y pragmatismo que acompaña a esta empresa. Porque, en efecto, lo que para algunos es una utopía para otros es un imperativo de supervivencia.

El renacimiento, lógicamente, ha de concebirse, debatirse y verse primero adentro. Los militantes han de ser los primeros en apreciar su resultado: un partido democrático con vida propia, unido por la argamasa de la convicción ideológica, libre del corporativismo con todo y sus afiliaciones colectivas y sus inefables cuotas de poder, ajeno a vicios centralistas y con un nuevo nombre que sirva de catalizador de forma a los cambios de fondo. Los mismos militantes han de experimentar luego en sí mismos la consolidación de una nueva cultura política al encontrarse exigiendo su propia participación en las decisiones de comités y consejos, al asistir a sus reuniones con los documentos básicos

en la bolsa y citar unos estatutos que ya no son referente límite sino guía cotidiana dentro de un partido de reglas escritas. Pero todo eso tiene que ser después percibido por los electores mediante la imagen que el partido proyecta y de los candidatos que postula, para finalmente coronarse con la oferta política del nuevo partido.

Ni el propósito ni el espacio de este artículo me permiten decir más que unas breves líneas acerca de estos puntos. Baste agregar que el PRI no debe prolongar demasiado el ensimismamiento propio de los tiempos de transición. Es más, simultáneamente a la discusión introspectiva debe darse la discusión sobre la respuesta a las demandas sociales. Y en ese sentido, más allá de las propuestas casuísticas en el ámbito local, es menester formular una propuesta genérica claramente identificable. Aquí el partido no tiene problema de definición sino de credibilidad. Es obvio que, en virtud de que la democracia está dejando de ser asignatura pendiente en México mientras que las lacerantes desigualdades se ensanchan, la bandera social se convierte indiscutiblemente en la máxima prioridad. Y es asimismo evidente que ningún partido puede actualmente apelar a la simpatía de la opinión pública sin ofrecer un compromiso con la ética política. La miseria y los escándalos de corrupción tocan las fibras más sensibles de los mexicanos y contra ambos estigmas es obligado presentar un frente de batalla inequívoco y convincente.

Termino con otra obviedad. La pregunta que el PRI tiene que responder en estos momentos es si fue suficiente perder parte del poder para dejarse de reticencias y renacer, o si será necesario que pierda todo el poder para que empiece a abrir los ojos. La debacle priísta de 1997 fue la tercera llamada para todos: para el Presidente, para la dirigencia del partido, para sus militantes, incluso para la ciudadanía en general. Me temo que no todos la escucharon. Me temo más: el probable repunte electoral del PRI en este 1998 puede ser un pésimo consejero para las cúpulas. La responsabilidad primordial, empero, es de los militantes. El

priismo tiene que ganarse su libertad como la sociedad se ganó la suya. Bien visto, sólo la fuerza de esa militancia viva y actuante que se manifestó decidida a rescatar su dignidad en la 14 y en la 17 asambleas puede lograr la hazaña. La novena y última muerte del PRI está al acecho. Eso es lo que hay que recordarles a los que adentro reproducen la mentalidad del “hágase la voluntad del neopriismo en el seccional de mi compadre”, quienes no entienden que regatear el cambio es ignorar el signo de los tiempos. Y a los demás, a los escépticos que no creen en la posibilidad del surgimiento de un nuevo partido de las entrañas del PRI, vale decirles que la política, antes que el arte de lo posible, es la magia de hacer posible lo imposible. n

Agustín Basave Benítez. Doctor en Ciencia Política por la Universidad de Oxford, fue presidente de la Fundación Colosio y fundador del Movimiento Renacentista del PRI. Es profesor investigador del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey.